

PADRE PÍO "BENDICE" A MISIONEROS DE LA MISERICORDIA

Los restos del Padre Pío estuvieron presentes durante el envío de los sacerdotes "Misioneros de la Misericordia" por el Año Jubilar que se realizó el pasado 10 de febrero en la Misa de Miércoles de Ceniza en la Basílica de San Pedro.

El Arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, indicó que el Papa Francisco "ha expresado su vivo deseo" de que las reliquias del santo capuchino estuvieran en la Misa de comienzo de la Cuaresma.



Mons. Fisichella ha indicado que el Miércoles de Ceniza sería el día en que el Papa "enviaría los Misioneros de la Misericordia por todo el mundo, confiándoles la misión de predicar y de confesar, como una señal viva de cómo el Padre acoge a quienes buscan su perdón".

Los Misioneros de la Misericordia son sacerdotes que, durante el Jubileo, tendrán la facultad de perdonar los pecados que solamente pueden ser absueltos por la Santa Sede.

"La presencia de San Pío de Pietrelcina permanece, será un signo valioso para todos los misioneros y sacerdotes, ya que encontrarán fortaleza para su propia misión en el maravilloso ejemplo de este confesor incansable, acogedor y paciente, un auténtico testigo de la misericordia del Padre", ha expresado Mons. Fisichella.

La exposición de los restos del Padre Pío durante el mes de febrero en el Vaticano ha sido parte de un recorrido que harán estas reliquias por el Año de la Misericordia. Los medios italianos señalaron que las reliquias del Padre Pío, que están en el santuario de San Giovanni Rotondo, llegaron el 3 de febrero a la Basílica de San Lorenzo de Extramuros en Roma y permanecieron allí hasta el día siguiente, bajo el cuidado de los padres capuchinos. El 5 de febrero las reliquias fueron llevadas en procesión desde San Lorenzo de Extramuros hasta la Basílica de San Pedro, donde serían expuestas hasta el 11 de ese mes.

En esos días, se realizaron varios eventos, como la audiencia papal del 6 de febrero con los miembros del "los grupos de oración del Padre Pío", los trabajadores en las Casas para Aliviar el Sufrimiento, fundadas por el santo en 1956, y con fieles provenientes de toda la arquidiócesis donde está enclavado el Santuario de San Giovanni Rotondo.

El 9 de febrero el Papa Francisco presidió la Misa con hermanos capuchinos provenientes de todas partes del mundo y luego de la Misa del 11 de febrero por la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, que celebró Mons. Fisichella, las reliquias de San Pío fueron llevadas a Pietrelcina por tres días.

San Pío de Pietrelcina, conocido como el "Padre Pío", vivió desde 1887 a 1968. Aunque nació en Pietrelcina, este sacerdote de la Orden de los Frailes Capuchinos Menores ejerció su ministerio en San Giovanni Rotondo desde 1916 hasta su muerte. También recibió los estigmas y tuvo visiones místicas. Fue beatificado en 1999 y canonizado en 2002 por el Papa San Juan Pablo II.

ECOS DEL SANTUARIO.

Publicación católica mensual del Santuario Nacional de Nuestra Señora de Regla.
Fundada el 8 de agosto de 1960. Miembro de SIGNIS. Santuario No. 11. Regla. Arquidiócesis de La Habana.



EN EL CAMINO DE LA EJERCITACIÓN CUARESIMAL

Queridos peregrinos y devotos de Nuestra Señora de Regla, desde el pasado Miércoles de Ceniza, estamos en Cuaresma, espacio de cuarenta días en el que nos preparamos para la gran celebración de la Pascua, la Resurrección. La liturgia de este tiempo resuena en nuestros oídos: "Ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación".

La Cuaresma no tiene sentido en ella misma, sino que lo cobra en relación con la Pascua de Cristo. Es preparación para la Pascua. Recordamos y celebramos dos hechos de la historia de la salvación Durante estos cuarenta días recordamos y celebramos dos hechos de la historia de la salvación: uno, del Antiguo Testamento: los cuarenta años que el pueblo de Israel peregrinó por el desierto -bajo la atención solícita de Dios. Y el otro del Nuevo Testamento: los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto, orando y ayunando, antes de comenzar su Misión Salvadora. Estas mismas actitudes del pueblo de Israel peregrino y de Jesús preparándose en el desierto son las que la Iglesia nos propone que asumamos durante este tiempo cuaresmal.

Desierto: Encuentro con Dios y con uno mismo. Sacar de nosotros todo lo superfluo. Dejar únicamente lo esencial. Hacer el vacío interior. El silencio. Escuchar la llamada de Dios. No la nuestra. Vacíarnos también de tantas cosas que llenan nuestro corazón, y dejar en él sitio para Dios. Dios sólo ocupará el lugar que nosotros estemos dispuestos a dejarle libre.

Oración: Intensificar nuestros espacios de oración. Pero sobre todo orar mejor.

No se trata tanto de orar mucho más -ojalá- cuanto de orar mejor, de entrar en diálogo íntimo y amoroso con el Padre que nos llama a la conversión porque nos ama como nunca nadie nos ha amado. Contemplar serenamente y con paz de espíritu la gracia que, a través de Jesucristo, hemos recibido, y nuestro egoísmo. Y ser agradecidos: a pesar de nuestra cerrazón, de nuestro pecado, Dios nos ama y nos llama a ser hijos suyos por la cruz de Jesucristo.

Ayuno: Ayunar de las muchas cosas que empequeñecen nuestra vida cristiana.

No dejarnos llevar por el espíritu mundano, la comodidad, el ocio. Y que el fruto de nuestro ayuno pueda socorrer a los hermanos más necesitados: ayuno-fraternidad-solidaridad.

Limosna: la llamamos también "caridad": amor. El amor al hermano, sobre todo al necesitado, en quien Cristo se hace más presente, pasa por el socorro material suficiente y digno, no mezquino. La lectura y la meditación diaria de la Palabra de Dios nos ayudarán a salir de nosotros mismos, a superar nuestros egoísmos, nuestra cerrazón a Dios y a los hermanos y entrar en el camino de conversión. Que la ceniza que recibimos nos recuerde que somos poca cosa, que no podemos sentirnos orgullosos, ni tener odios, ni egoísmos... y que con la conversión cuaresmal alcancemos la misericordia de Dios. La participación en la Santa Misa más frecuentemente en esta Cuaresma nos ayudará a alcanzar estos objetivos en este Año de la Misericordia que el Papa Francisco nos ha querido regalar a toda la Iglesia Universal.



José de Nazaret

Fue, en el cristianismo y según diversos textos del Nuevo Testamento, el esposo de María, la madre de Jesús de Nazaret y, por tanto, padre terrenal de Jesús. Según los Evangelios, era de oficio artesano, (*Mateo 13, 55a*), lo que ya en los primeros siglos del cristianismo se concretó en carpintero, profesión que habría enseñado a su hijo, de quien igualmente se indica que era “artesano” (*Marcos 6, 3a*). Era de condición humilde, aunque las genealogías de *Mateo 1, 1-17* y *Lucas 3, 23-38* lo presentan como perteneciente a la estirpe del rey David. Se ignora la fecha de su muerte, aunque se acepta que José de Nazaret murió cuando Jesucristo tenía ya más de 12 años pero antes del inicio de su predicación. Por la fidelidad a su esposa María, manteniéndose casto, san José recibió el don divino de la paternidad aun siendo verdadero esposo virginal, de ahí su dignidad y santidad.

En ocasión del inicio de su ministerio petrino en la solemnidad de san José de 2013, el Papa Francisco refirió en su homilía los alcances de la custodia que caracteriza a este santo:

“¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús”. (...) “Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios. [...] Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura. Y aquí añadido entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivído con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura”.

COSAS DEL PAPA FRANCISCO

Si te enfadas y gritas, sigue el consejo del Papa y no te laves “los dientes con vinagre”

El Papa Francisco se reunió el pasado 31 de diciembre en el Aula Pablo VI con el grupo de niños cantores (*Pueri Cantores*) y a quienes aconsejó qué deben hacer cuando se enfadan por algo que saben que no está bien.

Luego de algunas canciones entonadas por los niños, el Pontífice fue anotando en un cuaderno las preguntas que hacían los menores para luego responderlas de manera espontánea. Una de estas fue “¿nunca se enfada?”. “Sí, me enfado, ¡pero no muerdo!”, respondió el Papa, provocando las risas de los niños. “Las veces que me enfado, cuando alguien hace una cosa que no está bien, me viene un poco (de enfado). Pero me ayuda detenerme y pensar en las veces que yo he hecho enfadar a los demás. Y pienso y me pregunto: ¿Hice enfadar a alguien? Eh sí, tantas veces. Entonces no tienes derecho de enfadarte”.



“Pero este hizo...’ Sí, pero si este hizo aquella cosa que es mala, que no es buena, llámalo y háblale como hermano, dialoga como hermano y hermana, dialoga, dialoga. Pero sin enfadarse, porque la rabia es venenosa, te envenena el alma”.

“Tantas veces –dijo- he visto niños y jóvenes espantados ¿Por qué? Porque los padres, o la escuela, les gritan. Y cuando uno está enfadado y regaña hace mal, hierre: regañar a otro es como dar una cuchillada al alma, no hace bien esto. ¿Lo entendieron bien? “Yo me enfado, sí, algunas veces me enfado, pero me ayuda pensar en las veces en que hice enfadar a otros, esto me serena un poco, me deja un poco más tranquilo. Enfadarse es algo que hace mal no solo a la otra persona, te hace mal a ti mismo, te envenena. Hay gente, que seguramente conocen, que tienen el alma amarga, siempre con amargura, que viven enfadados. ¡Parece que todas las mañanas se lavan los dientes con vinagre para estar así enfadado! Gente que es así... es una enfermedad”.

“Se comprende, si hay una cosa que no me gusta, me enfado un poco. Pero esto, la costumbre de enfadarse, la costumbre de gritar, la costumbre de regañar a los otros, ¡esto es un veneno!”, insistió Francisco. Por ello, les dijo: “Les pregunto, y cada uno responda en su propio idioma: ¿cómo era el alma de Jesús, dulce o amarga?”. “¡Dulce!”, respondieron los niños. “Era dulce, ¿por qué? –insistió el Papa-. Porque cuando se enfadaba, esto no llegaba a su alma, era solo para corregir, y después volvía a la paz”.

Otras de las preguntas que le hicieron al Papa Francisco los niños fue “¿cuáles son sus buenos propósitos para el año nuevo?”. “He hecho uno en estos días –dijo el Papa- en los cuales tuve un poco de tiempo para hacer un retiro espiritual: rezar más. Porque me di cuenta que los obispos y sacerdotes –yo soy un obispo- deben regir el pueblo de Dios antes que todo con la oración, es el primer servicio”. “Es decir –indicó Francisco-, para un obispo, la primera tarea es la oración. El primer deber: no se puede ser obispo en la Iglesia sin la oración en primer lugar. Y después el anuncio del Evangelio”.

“En estos días, respondiendo a tu pregunta, he pensado que un buen propósito para el próximo año sería esto: rezar un poco más, ¿de acuerdo? También a ustedes les pregunto: ¿piensan que esto sería un buen propósito también para ustedes? (los niños responden “¡Sí!”). Rezar un poco más. Porque la Iglesia va adelante con la oración de los santos. ¡Recen por la Iglesia!”, alentó el Papa.